

Institut Guttmann, una casa compartida entre generaciones

Cada persona que llega al Institut Guttmann tiene una historia que merece ser contada y, para mí, conocerlas es uno de los mayores regalos de trabajar aquí. Coincidiendo que este año celebramos nuestro 60.º aniversario, quiero compartir con vosotros una cita muy especial.



Carol Mendoza

Comunicación y RSC
Institut Guttmann

Hace unos días tuve la suerte de conocer a Mercè, a sus 90 años, en su sobreático de la avenida Meridiana de Barcelona. También invité a Gerard, de 21 años. Quería que se conocieran. El motivo: Mercè fue la paciente número 2 del Institut Guttmann y Gerard el 31.774. Entre ambos hay más de sesenta años de diferencia desde su paso por el hospital y comparten un mismo sentimiento: Institut Guttmann fue, y sigue siendo, su casa. Me encanta, empezamos bien.

Mercè, con su energía contagiosa, me matiza que eso de ser la número 2 fue un error. “Tenía que ser la número 1”, dice con una sonrisa. “Pero había un señor solo, ahora no recuerdo el nombre, que necesitaba más cuidados, y el Dr. Sarrias me pidió que yo entrara ya comida. Y le dije:

‘Tranquilo, doctor, vendré comida, cenada y con mi marido para que me ayude a acostarme’”. Era el 1 de diciembre de 1965, y por aquel entonces solo había dos pacientes. A finales de mes, ya eran cinco.

Durante su estancia en el Institut Guttmann, Mercè descubrió el tiro con arco, disciplina que la llevó a representar a España en lo que sería la antesala de los Juegos Paralímpicos. Su historial empezó con una complicación en el parto de su única hija, en 1962, que le provocó una lesión medular alta. Tras pasar por varios hospitales —siempre en cama—, el Dr. Sarrias, recién llegado de Inglaterra tras formarse con el Dr. Ludwig Guttmann, le prometió que, en cuanto tuviera hospital, iría a por ella. Y lo cumplió.

Entrar por la puerta del recién estrenado Institut Guttmann de Meridiana fue, para Mercè, como abrir una ventana a la esperanza. Aún hoy, más de medio siglo después, lo recuerda con emoción, con una sonrisa y un brillo especial en los ojos. Recuerda la sala principal transformada en comedor por Navidad, para los cinco pacientes y sus familias. Recuerda a Pat, la fisioterapeuta inglesa que la hacía llorar —pero también avanzar—. Y recuerda a Pepitu, un chico de 14 años que la llamaba mami. Se des-



“Una complicación en el parto de su única hija, en 1962, le provocó una lesión medular alta. Tras pasar por varios hospitales –siempre en cama–, el Dr. Sarrias, recién llegado de Inglaterra tras formarse con el Dr. Ludwig Guttmann, le prometió que en cuanto tuviera hospital, iría a por ella. Y lo cumplió.”



plazaba siempre boca abajo, en camilla. El doctor Sarrias le pidió a Mercè que lo acompañara, que le sirviera de ejemplo. Lo que hoy llamaríamos “ayuda entre iguales”.

Mercè pasó tres años en el Institut Guttmann, en una época en la que apenas existía lo que hoy denominamos *rehabilitación comunitaria*. Aun así, ese tiempo lo recuerda

como un punto de inflexión vital. Aprendió a ser más autónoma, a valerse por sí misma, a recuperar su libertad. También significó una separación difícil de su hija Anna, que tuvo que crecer junto a su abuela. “No fue nada fácil. De hecho, he necesitado ayuda para sobrellevar tanto su ausencia como, de repente, la vuelta de una madre tan diferente a las mamás que yo conocía”, comenta Anna.

morgan
La mejor de su clase en rendimiento interior-externo

karma
MÁS INFORMACIÓN EN WWW.KARMAMOBILITY.ES



Cuando por fin pudo salir, Mercè recorría los quinientos metros hasta su casa por la avenida Meridiana, por en medio del asfalto. “Los coches me pitaban, pero me daba igual. Pensaba: ‘¡Si no os gusta, haced carriles para mí!’”. Dice que fue la primera persona en ir en silla de ruedas por Barcelona, como una astronauta en su nave en medio de la ciudad, ¿os imagináis? La silla la encargó el Dr. Sarrias en Inglaterra. A ella nunca le molestaron las miradas, aunque para su marido y su hija no fue tan fácil.

El Institut Guttmann fue su hogar. El doctor Sarrias, su segundo padre. “Me decían ‘no digas que no puedes hacerlo’. Y mira, aprendí a pasarme de la cama a la silla, a vestirme sola, a ser casi autosuficiente [...]. Como sabía coser, incluso me encargaron ayudar a confeccionar parte del uniforme quirúrgico: bata, gorro, sábanas, peúcos...”. Tres años de experiencias que nos explica y que cuesta imaginarse en la actualidad.

¿Necesitas mayor Autonomía en tu hogar?

Ahora ya no hay que pensar en cambiar de domicilio

Adom

ACCESIBILIDAD | ADAPTACIÓN | AUTONOMÍA

www.adom-autonomia.com



SOLUCIONES INTEGRALES EN AUTONOMÍA Y ACCESIBILIDAD

Más movilidad con grúas de techo
Comunica cama-silla-wc-ducha.
Control por mando a distancia.

Baño 100% accesible
Ducha 100% plana, sin escalones ni mamparas,
baños 100% transitables en silla de ruedas.

Más control del hogar
Teléfono, interfono, televisor, persianas, luces...
Control sobre todo el hogar en un único mando a distancia.

Autonomía para entrar y salir de casa
Automatización de puertas, elevadores, en casa o en la escalera. Acceso también disponible por control remoto.




¡INFÓRMATE! Proyectos personalizados. Expertos en soluciones para cada discapacidad. Te asesoramos en la obtención de ayudas y subvenciones.

Pídenos presupuesto sin compromiso

info@adom-autonomia.com

t. 900 103 371



“Mercè recorria los quinientos metros hasta su casa por la avenida Meridiana de Barcelona por en medio del asfalto. ‘Los coches me pitaban, pero me daba igual’. Pensaba: ‘¡Si no os gusta, haced carriles para mí!’ Dice que fue la primera persona en ir en silla de ruedas por Barcelona, como una astronauta en su nave en medio de la ciudad, ¿os imagináis?”

Mientras Mercè relata todo esto, Gerard escucha atento. Es de la provincia de Lleida, de un pueblo pequeño. Su paso por Guttman fue más breve: cuatro meses. Entró mes y medio después de un accidente de tráfico. A la semana ya estaba en silla de ruedas. A los tres meses, era independiente. Mercè, asombrada, le pregunta: “¿Y no estuviste en cama durante meses?”. “No, ahora va todo mucho más rápido”, responde él. “Ya veo, ya veo. ¡Qué adelanto! Aunque sigue siendo una pena, porque eres muy joven”, le dice Mercè con ternura.

Para Gerard, entrar en el Institut Guttman fue “volver a vivir”. Recuerda que de nuevo coincidió con su compañero de habitación del Hospital Vall d’Hebron, también lesionado en un accidente. Al principio pensó que todo aquello se parecía al colegio, con horarios estrictos, actividades. Pero pronto empezó a disfrutarlo. Por la mañana, deportes adaptados —baloncesto, *rugby*, bádminton— para fortalecer su cuerpo; y, por la tarde, rehabilitación funcional para aprender a manejarse con la silla, mejorar las transferencias, ganar autonomía.

Gerard recuerda con cariño a Júlia, la terapeuta ocupacional, y a Salva, el auxiliar: “Fueron mis ángeles de la guarda”. Mercè, emocionada, responde: “No los conozco, aunque me gustaría”.

Antes de despedirme, les pregunto por su último día de ingreso; Gerard lo recuerda como un día especial, de sentirse raro. “Ahora empieza mi vida de verdad”, pensaba. Su madre fue a recogerle, llevaron dulces del pueblo y lo celebraron con el equipo. Mercè lo vivió con más inseguridad: “En Guttman lo tenía todo, me sentí apoyada. Era mejor que estar en casa”.

“Soy de pueblo, Mercè, yo casi ni había visto semáforos. Estudio en la Universidad de Lleida Ingeniería Agraria Alimentaria y nunca me había montado en metro, y la primera vez que lo hice fue en silla de ruedas. Imagínate lo que significó en mi pueblo cuando llegué”. Vuelve a mi mente la idea de los astronautas en su nave por la ciudad.

Gerard le explica a Mercè que, hoy en día, el Institut Guttman atiende a más de mil pacientes nuevos cada año. “Siguen siendo demasiadas personas afectadas”, dice Mercè. Pero ambos coinciden en algo: “La Guttman es mi casa”.

Carraspeo, respiro y me siento profundamente orgullosa de trabajar donde lo hago.